[aula abierta]

aula abierta 23

Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación

| Diario Co Latino |
| sábado 11 de julio de 2009 |

Responsable: Vladimir Baiza

Primer Año de Bachillerato

François Rabelais: Gargantúa y Pantagruel

Edición: VLADIMIR BAÍZA

Bienvenidos a su Aula Abierta. Ahora, es el turno de los textos más grandiosamente atrevidos que haya producido literatura alguna, el turno de lo rimbombante y fuera de serie. Nos referimos a la obra de Francois Rabelais, escritor del Renacimiento francés.

Este autor, médico de profesión, ejerció la literatura como una pasión y una forma de vida, cultivó la risa, la comicidad, la hilaridad, el humor de todos los colores y sentidos.

En la época que surgió, su obra fue duramente criticada por la Iglesia, además de aquellos sectores conservadores y mojigatos de la Francia de aquellos dorados tiempos.

Si en las ediciones anteriores de su Aula Abierta, han existido imágenes de curas y monjas en franco libertinaje, de escenas desnudas, de parejas amándose, etc; esto obedece a que no se puede tapar el sol con un dedo y esa es nuestra realidad circundante; son manifestaciones humanas de normales comportamientos humanos.

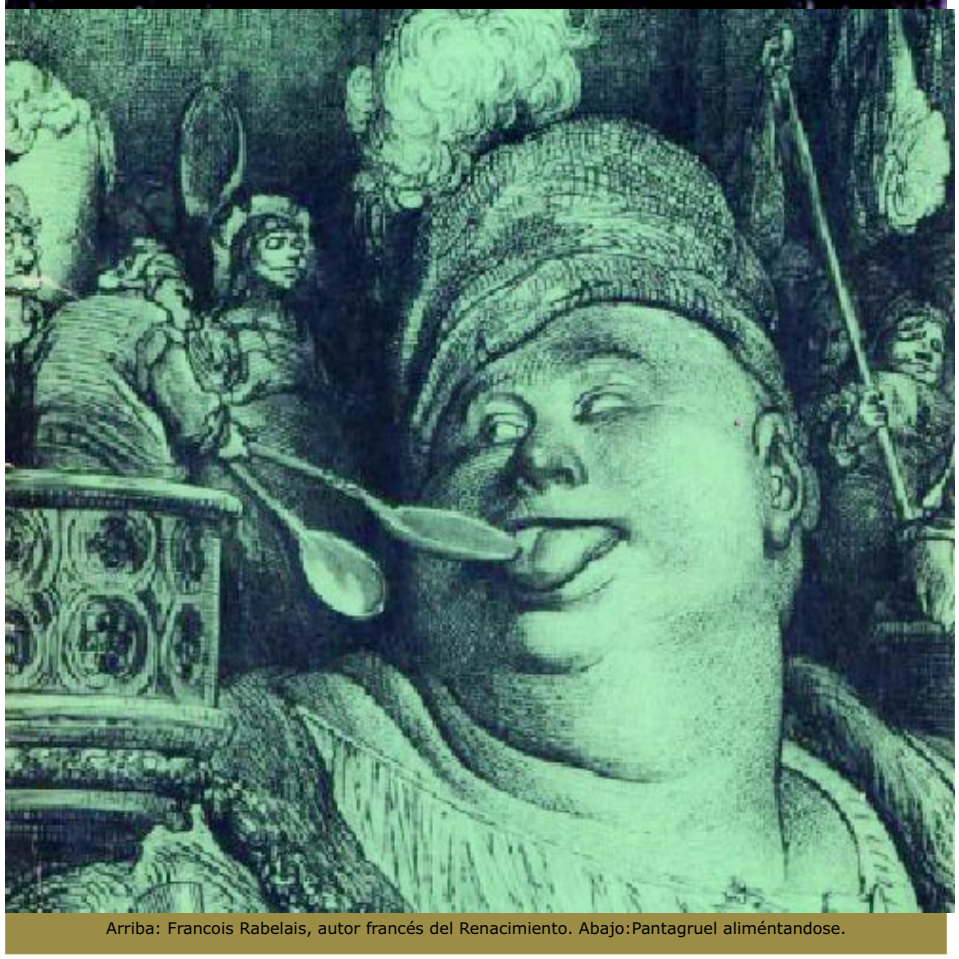
Además las escenas y figuras no poseen morbo o malicia alguna, son los humanos los que le otorgan a las cosas las categorías de feo, malo, bueno, sucio, etc. Ahora imagínense las críticas que recibió Rabelais en la época del Renacimiento...

Esa libertad de publicación de la que gozamos actualmente en el Co Latino, sirve también para identificar los enfoques hipócritas y pseudomorales que no llevan a ningún sitio.

Al retomar la literatura pantagruélica, les traemos una muestra de 2 textos y el prólogo elaborado por el escritor; esperamos no herir las susceptibilidades de los mojigatos y moralistas que nos leen o husmean en nuestras páginas..

En El Cuento de la semana una magistral narración de Horacio Quiroga, la cual es una alerta a las relaciones humanas y familiares.

Además en El Poema de la semana, les traemos al español Miguel Hernández, con un desgarrador texto: *Sentado sobre los muertos*, una condena contra el derramamiento de sangre en la Guerra Civil española; conflicto que también cobró la vida de este genial escritor.



Arriba: Francois Rabelais, autor francés del Renacimiento. Abajo:Pantagruel aliméntandose.

LENGUA Y LITERATURA FRANCESA. INTRODUCCIÓN

Francia posee, igual que en las artes plásticas, una literatura muy extensa y compleja, que ha influido en todas las literaturas occidentales durante muchos siglos. No en vano, el francés fue la lengua de cultura y comunicación internacional durante siglos, hasta que fue desplazado por el inglés a mediados del siglo XX. De Francia vinieron muchísimas innovaciones en el campo literario, innovaciones copiadas y adaptadas por escritores de otras naciones.

La lengua española pudo nutrirse, a lo largo de muchas generaciones, de numerosos vocablos,influencias y giros propios de la lengua francesa, tales como carné, chef, croché, masacre, debut, traza, etc.

Además el verso alejandrino francés, estudiado y conquistado primero por el salvadoreño Francisco Gavidia y más tarde por el nicaragüense universal, Rubén Darío; es uno de los impulsos renovadores de la lengua castellana y de la poesía universal.

También Francia es uno de los países que posee un gran número de obras humorísticas indispensables para todo aquel que esté interesado en el tema, así como para todos los amantes de la literatura en general. Hoy en día, por desgracia, casi todas estas obras son desconocidas por la mayoría de la gente, debido al poco acceso a libros y a internet; sin embargo, presentamos en esta entrega semanal al genial Rabelais.

François Rabelais

Nació en La Devinière en 1494. Ingresó en la orden franciscana donde se dedicaba al estudio del griego. En busca de un refugio más propicio para su trabajo intelectual, pasó en 1525 a la orden benidictina y viajó por el Poitou y el Périgord.

En 1530 aparece inscrito en la Facultad de Medicina de Montpellier, pero por dificultades económicas se traslada a Lyon, donde ejerce la medicina a pesar de no tener el título.

En 1532 publica los *Aforismos de Hipócrates* y el primer libro de su novela humorística *Pantagruel,* al que le seguirá *Gargantúa* en 1534.

Dispensado de sus votos monásticos durante diez años (1536-1546) ejerce la medicina llevando una vida aventurera. En 1537 se doctora en Montpellier y logra introducirse en la corte.

En 1546 dedica a Margarita de Navarra el tercer libro de *Pantagrue*l, que es condenado por la Sorbona por herético. Tiene que huir a Metz, dirigiéndose después a Lyon e Italia. Más tarde obtiene una prebenda eclesiástica y pasa los últimos años de su vida en París donde muere en 1553.

Personalidad

La escritura de Rabelais oscila entre el humanismo y la jocosidad mordaz, que se vale de la parodia para

plantear los grandes problemas de la época. Su horror al ascetismo, a la superstición, a la rutina y a la ignorancia y su fe en la ciencia, hizo que criticara a la Iglesia pidiendo una serie de reformas que le relacionan con Erasmo.

Rechazó todo dogmatismo y encontró en la razón su serenidad. Su estilo literario posee el gusto por el detalle concreto y pintoresco y sus obras son un malicioso y divertido retrato de la sociedad que vivía en esa época.

Gargantúa y Pantagruel

Se trata de una obra compuesta por cinco libros aparecidos entre 1531 y 1564, del que el último no se sabe a ciencia cierta si pertenece o no al autor.

El gigante Gargantúa, (hijo de Grandgousier y de Gargamelle) prodigiosamente voraz, pero de temperamento pacífico y bondadoso, recibe una educación que muestra las ventajas de la pedagogía racional de los humanistas sobre los métodos tradicionales de la Sorbona; en los episodios de la lucha contra el ambicioso Picrochole, se condenan las guerras de conquista y se exalta la prudencia, el pacifismo y el espíritu conciliador de Grandgousier.

Finalmente, en recompensa de las hazañas llevadas a cabo durante la guerra, el compañero de Gargantúa, fray Jean de Entommeures, recibe la abadía de Thélème, donde jóvenes de ambos sexos viven en armoniosa comunidad, gozando de todos los placeres del cuerpo y del espíritu.

Pantagruel narra la vida del hijo de Gargantúa. En él se satirizan las instituciones y costumbres francesas y se parodian las novelas de aventuras con un estilo desmesurado, ya que sus personajes llegan al Atlántico y a las Antillas (descubiertas hacía poco tiempo) y finalmente viajan a la Luna.

Pantagruel opone su inalterable sentido común a todos los absurdos que encuentra a su paso dando pie a una sátira continuada.

La muerte del autor deja inconclusa la obra apareciendo muchos años después un Quinto y último libro de los hechos y dichos heroicos del buen Pantagruel.Según las últimas investigaciones filológicas parece ser que la obra podría pertenecer realmente a Rabelais.

Suponiendo que no fuera así, hay que admitir que no desmerece en absoluto este último libro, respecto de los cuatro anteriores.

El estilo humorístico

El estilo de Rabelais mezcla la comicidad con la gravedad de las cuestiones que se tratan. Se tocan todos los temas: la guerra, el imperio, la lengua, la imprenta, la pólvora, el hambre, la sequía, el matrimonio, la ciencia, la justicia, la educación… Pero todo desde un punto de vista distorsionado que además se mezcla con situaciones grotescas que van sucediendo a lo largo de la historia.

Ésta es la base de la comicidad que impregna toda la obra, donde lo grosero es sólo un componente más de un humor genial. Rabelais hace reír con la perversión del sentido común que resulta del choque del discurso de sus personajes y de la realidad.

Características de Gargantúa y Pantagruel

Gargantúa y Pantagruel es la historia de dos gigantes, un padre (Gargantúa) y su hijo (Pantagruel) y sus aventuras, escritas de forma satírica, entretenida y extravagante. Hay gran crudeza, y mucho humor escatológico, además de una buena dosis de violencia verbal y física. Largas listas de insultos subidos de tono llenan varios capítulos.

Gargantúa de Gustavo Doré

Los libros que componen esta obra son:

* ***Pantagruel***, 1532; en francés: *Les horribles et épouvantables faits et prouesses du très renommé Pantagruel Roi des Dipsodes, fils du Grand Géant Gargantua;*

* ***Gargantúa***, 1534; título original: *La vie très horrifique du grand Gargantua;*

* ***El tercer libro***, 1546; título original: *Le Tiers Livre des faicts et dicts héroïques du noble Pantagruel, composés par M. François Rabelais, docteur en médecine.*

* ***El cuarto libro***, 1552; título original: *Le Quart Livre.* En 1548 ya habían sido publicados once capítulos de este Cuarto Libro; poco después de su aparición completo, en 1552, el 1.º de marzo de 1552, el libro fue censurado por los teólogos.

* ***El quinto libro***, publicado póstumamente en 1564; título original *Le Cinquiesme et dernier livre des faicts et dicts héroïques du bon Pantagruel*. Su atribución a Rabelais es discutida.

Debido a la censura de la Sorbona, Rabelais publicó Pantagruel y Gargantúa con el mismo seudónimo, *Alcofribas Nasier.*

Sinopsis

Pantagruel

Aunque las ediciones modernas de las obras de Rabelais ubican el *Pantagruel* como el segundo volumen de la serie, realmente fue el primero en publicarse, alrededor de 1532.

Pantagruel era una secuela de un libro anónimo titulado *Les Grandes Chroniques du Grand et Enorme Géant Gargantua.* Este primer texto de Gargantúa tuvo gran popularidad, a pesar de su construcción, bastante pobre.

Los gigantes de Rabelais no están descritos como de una altura determinada, como en los primeros dos libros de *Los viajes de Gulliver*, sino que varían de tamaño de un capítulo a otro para permitir toda una serie de imágenes sorprendentes. Así, en un capítulo, Pantagruel es capaz de entrar en una corte para defender un caso, mientras que, en otro, el narrador reside dentro de la boca de Pantagruel durante seis meses.

Se describe en él la vida de un gigante de un apetito tan voraz que ha dado forma a la expresión *"banquete pantagruélico"*, con gran humor y todo tipo de excentricidades; parece ser que Rabelais quiso componer este libro para distraer a sus melancólicos enfermos.

Para escribir este primer texto, Rabelais se inspiró directamente en el folclore y la tradición oral popular.

Gargantúa

Después del éxito de Pantagruel, Rabelais quiso reescribir a su manera la historia de Gargantúa. Escribe a Erasmo y, animado por el éxito, publica *Gargantúa* en 1534. Produjo una narración mejorada de la vida y las obras del padre de Pantagruel en *Gargantúa*. Descarta las fuentes populares tradicionales iniciales y reeditó un *Gargantúa* literariamente más acabado y netamente más henchido de humanismo que la primera obra.

Este volumen incluye una de las más destacadas parábolas en la filosofía occidental, la de la *Abadía de Thelema*, que puede considerarse una crítica a las prácticas docentes de la época, o una llamada a la libre escolarización, o todo tipo de nociones sobre la naturaleza humana.

La *"Abadía de Thelema"* era una especie de comunidad ideal, contrapuesta a la corrupción existente en los ámbitos monásticos de su tiempo. El lema de esta comunidad utópica era precisamente: *"Haz tu voluntad"*. Casi con toda probabilidad, Rabelais utilizaba esta imagen para criticar ácidamente al monacato, pues aparte de esta cita no se conoce ningún intento por su parte de preparar o fundar una comunidad semejante.

Esta historia de Thelema ha sido utilizada en defensa de ideas posteriores. Se ha mencionado como ejemplo de la existencia de ideas anarquistas a lo largo de toda la historia: la descripción de la feliz abadía de Théleme —*Gargantúa*— donde ofrece un cuadro de la vida, libre de todo freno autoritario (*Rudolf Rocker, Anarcosindicalismo (teoría y práctica*). Igualmente, el ocultista Aleister Crowley considera que era una profecía sobre su propia venida.

El Tercer Libro

Rabelais regresó entonces a la historia del propio Pantagruel en los tres últimos libros. El tercer libro trata de Pantagruel y su amigo Panurgo.

Panurgo es un habilidoso truhán, un libertino, y un cobarde. Hay un momento en el que muestra que puede hablar varios idiomas, incluyendo algunos de los primeros ejemplos de una lengua construida. Su principal punto de discusión, a lo largo de todo el libro, es si debe casarse o no; al final, la pregunta queda sin resolver.

El libro acaba con el comienzo de un viaje por mar en busca del oráculo de la divina botella para que resuelva de una vez el problema del matrimonio.

El Cuarto Libro

El viaje por mar continúa durante todo este cuarto libro. Pantagruel encuentra muchos personajes y sociedades exóticos y extraños durante su viaje, como los *Shysteroos*, quienes se ganan la vida encargando a la gente que los pegue.

Todo el libro puede verse como una parodia cómica de la Odisea o, mejor aún, de la historia de Jasón y los Argonautas.

En el cuarto libro, que se ha descrito como el más satírico, Rabelais critica la arrogancia y la riqueza de la iglesia católica, las figuras políticas de la época, las supersticiones populares y trata varios temas religiosos, políticos, lingüísticos y filosóficos.

El Quinto Libro

Al final del quinto volumen, que se publicó

Rabelais

póstumamente alrededor de 1564, encuentran la divina botella, la que debía resolver el acertijo de Panurgo acerca del matrimonio.

Aunque algunas partes del Libro Quinto son verdaderamente dignas de Rabelais, la atribución del último volumen es objeto de debate.

El Quinto Libro no se publicó hasta nueve años después de la muerte de Rabelais e incluye mucho material claramente copiado de otros (como de Luciano *Historia verdadera* y Francesco Colonna *Sueño de Polífilo*) o de menor calidad que los libros precedentes.

Género literario de Rabelais

Inicialmente, parece que Rabelais escribió esta obra para consolar a los enfermos en sus días de aflicción y que estimaba el humor como algo curativo en sí mismo. Así, Gargantúa y Pantagruel se ha convertido en un clásico dentro de la literatura de humor, reflejando el humor como un valor burgués que revela el goce epicúreo de la vida.

Se considera que Gargantúa y Pantagruel continúan la tradición de la literatura goliardesca, en su estilo satírico-popular sobre héroes carnavalescos.

Temas abordados en Gragantúa y Pantagruel.

Pantagruel y Gargantúa no son crueles ogros, sino gigantes bondadosos y glotones. Este *gigantismo* le permite describir escenas de festines burlescos. La infinita glotonería de los gigantes abre puerta a numerosos episodios cómicos. Así, por ejemplo, el primer grito de Gargantúa al nacer es: *"¡A beber, a beber!*".

El recurso a los gigantes permite también trastocar la percepción normal de la realidad; bajo esta óptica, la obra de Rabelais se inscribe en el estilo grotesco, que pertenece a la cultura popular y carnavalesca.

Sin embargo, el tema del gigante no ha sido explotado solamente por su vena cómica. Simboliza el ideal humano del Renacimiento: *es la transposición física del inmenso apetito intelectual del hombre renacentista*. Rabelais intenta así a través de sus textos de conciliar la cultura humanística erudita y la tradición popular.

Las intenciones últimas de Rabelais resultan bastante enigmáticas. En el *"Aviso al lector"* del Gargantúa, dice querer ante todo hacer reír. Después, en el *"Prólogo"*, con una comparación con los *Silenos* de Sócrates, sugiere una intención seria y un sentido profundo oculto tras el aspecto grostesco y fantástico. Pero en la segunda mitad del prólogo critica a los comentaristas que buscan sentidos ocultos en las obras. En conclusión, Rabelais quiere dejar perplejo al lector y busca la ambigüedad para perturbarlo.

Análisis de Bajtín

La obra de Mijail Bajtín: *Rabelais y su mundo*, este explora los viricuetos de Gargantúa y Pantagruel y es considerado un clásico de los estudios sobre el Renacimiento (Clark y Holquist 295).

Bajtín declara que, durante siglos, el libro de Rabelais no ha sido comprendido, y afirma que *Rabelais y su mundo* clarifica las intenciones del autor.

Bajtín se preocupa de recuperar aquellos fragmentos ignorados o suprimidos y, por otro lado, de analizar el sistema social renacentista para descubrir el equilibrio entre el lenguaje que estaba permitido y el lenguaje que no lo estaba.

De esta forma, Bajtín señala dos importantes subtextos en la obra de Rabelais: el primero es *el carnaval*, que Bajtín describe como una institución social, y la segunda es *el realismo grotesco* (cuerpo grotesco) definido como un modo o conjunto literario. Por lo tanto, en *Rabelais y su mundo*, Bajtín estudia la interacción entre lo social y lo literario, así como el significado del cuerpo del texto (Clark y Holquist 297-299).

Bajtín explica que *el carnaval*, en la época de Rabelais, se asocia con la colectividad, pues los que lo celebraban no eran simplemente una muchedumbre; más bien se veía a la gente como un todo, organizado de manera que desafiaba la organización socioeconómica y política imperante(Clark y Holquist 302). Según Bajtín, *"durante el carnaval todos son iguales. Aquí, en la plaza del pueblo, una forma especial de libertad u contacto familiar reina entre la gente que normalmente está dividida por las barreras de casta, propiedad, profesión y edad"* (Bajtín, 10).

En época de carnaval, un sentido único del tiempo y del espacio hace que el individuo se sienta parte de la colectividad, momento en el que cesa de ser él mismo. Es en este punto en el que, a través del disfraz y la máscara, un individuo intercambia su cuerpo y queda renovado. Al mismo tiempo, surge una mayor consciencia de la unidad y comunidad corporal, material y sensual de uno mismo (Clark y Holquist 302).

Bajtín también dice que en Rabelais la idea de carnaval está conectada con la de *lo grotesco.* La participación de la colectividad en el carnaval es consciente de su unidad en el tiempo así como de la inmoralidad asociada con su continua muerte y renovación.

Según Bajtín, el cuerpo necesita un tipo de reloj si tiene que ser consciente de su atemporalidad. Lo grotesco es el término usado por Bajtín para describir el énfasis de los cambios corporales a través de la comida, la evacuación y el sexo: se usa como un instrumento de medida (Clark y Holquist 303.)

Notas.

* *Bajtín, M., (1941) Rabelais and his world, Bloomington, Indiana University Press.*
* *Clark, K. y Holquist, M., Mikhail Bakhtin. Cambridge: Harvard University Press, 1984.*
* *Holquist, M., Dialogism: Bakhtin and His World, 2.ª ed. Routledge, 2002.*

Los mares de Rabelais

CAPITULO VI
DE COMO GARGANTÚA NACIÓ DE UN MODO MUY EXTRAÑO

En tanto estaban en estos coloquios, Gargamelle comenzó a tener dolores. Entonces Grandgousier, que estaba tendido sobre la hierba, se levantó y, pensando que serían los dolores del parto, la consoló cariñosamente, diciéndole que se tumbara en el saucedal, que pronto se le pasarían. También a él le convenía mostrar buen ánimo ante la venida de su angelote; y si bien es cierto que ella sentiría algún dolor, el gozo que luego la invadiría le haría olvidar todas estas molestias, de suerte que no conservaría ni siquiera el recuerdo.

-Nuestro Salvador dice, según el Evangellio de San Juan, XVI: "La mujer, en los dolores del parto, está poseída de tristeza; mas una vez ha dado a luz no recuerda siquiera su angustia".

-Bien dices -repuso Gargamelle-. Prefierro oir esas palabras del Evangelio y me siento mejor que cuando oigo contar la vida de Santa Margarita o cualquier otra beatería.

-¡Miedosa! -replicaba Grandgousier-. Datte prisa con éste, que en seguida haremos otro.

-¡Qué poco os cuesta a los hombres decirrlo! Bien, ¡pardiez!, seré fuerte, si ése es tu gusto, pero ¡plugiera a Dios que te lo hubieran cortado!

-¿El qué? -inquirió Grandgousler.

-¡No seas necio! Bien sabes a lo que me refiero.

-¿Te refieres a mi miembro? ¡Pardiez! Sii así lo quieres, manda traer un cuchillo.

-!No lo permita Dios! Que Él me perdone.. No lo he dicho de corazón, y te pido que no tomes en cuenta mis palabras. Pero si Dios no me echa una mano, presiento que hoy será un duro trance; y todo por culpa de tu miembro, para que te desahogaras a placer.

-¡Valor, valor! -repuso él-. No te inquiietes por lo demás y deja obrar a la naturaleza. Entretanto, voy a despachar unos cuantos tragos. Pero, por si acaso te sintieras mal, no me alejaré mucho; te bastará con gritar un poco y en seguida me tendrás a tu lado.

Al poco rato, Gargamelle empezó a suspirar, a lamentarse y a llorar. Al instante acudió de todos lados un buen número de matronas, las cuales, palpándole la vagina, dieron con algunos trozos de piel bastante maloliente, lo que les indujo a pensar que el niño estaba por llegar. Pero lo que en verdad ocurría era que, en razón al reblandecimiento del intestino recto -al que llamáis tripa cular- se le escapaba el fundamento a consecuencia de haber comido demasiados callos, como ya antes hemos dicho.

Acto seguido, una vieja malcarada de la reunión, que gozaba de gran reputación como curandera y que formaba parte de la comunidad desde que, sesenta anos antes, viniera de Brisepaille, cerca de Saint-Genou, le hizo un astringente tan tremebundo que las membranas de la vagina se contrajeron hasta el punto de que dificilmente habríais podido separarlas con los dientes..., cosa que da miedo pensar; otro tanto hizo el diablo en la misa de San Martín, pues luego de tomar por escrito los chismorreos de dos mujeres galas, estiró a fuerza de dientes su pergamino.

Esta dificultad hizo que se relajaran los cotiledones de la matriz, por los cuales saltó el niño, que penetrando por la vena cava y subiendo luego por el diafragma hasta los hombros, donde dicha vena se divide en dos, tomó el camino de la izquierda y salió por la oreja del mismo lado.

En cuanto hubo nacido, no exclamó como los otros niños: "Migas, migas!" sino que grito con fuerza: "¡A beber, a beber!", como invitando a todo el mundo. Y tales fueron sus gritos, que se le oyó en todo el país de Beusse y de Bibarais.

Dudo que deis credito a tan extraño parto. Y si, en efecto, no lo creéis, no me importa. Mas un hombre de bien, un hombre sensato, debe creer siempre lo que le dicen y lo que ve escrito. ¿Atenta esto contra nuestra ley, nuestra fe, nuestra razón o contra la Sagrada Escritura? Por mi parte, nada hallo en la Santa Biblia que vaya en contra de ello. Pero si esa hubiera sido la voluntad de Dios ¿diríais acaso que no estaba en su poder al hacerlo? Por merced, no turbeis nunca vuestro entendimiento con tan vanos pensamientos, porque yo os digo que nada es imposible para Dios y, si El así lo quisiera, en lo sucesivoodas las mujeres parirían sus hijos por la oreja.

¿No fue Baco engendrado en el muslo de Júpiter?

¿No salió Croquemouche de la pantufla de su nodriza?

¿No nació Minerva de la cabeza y por la oreja de Júpiter, y Adonis por la corteza de un árbol de mirra?

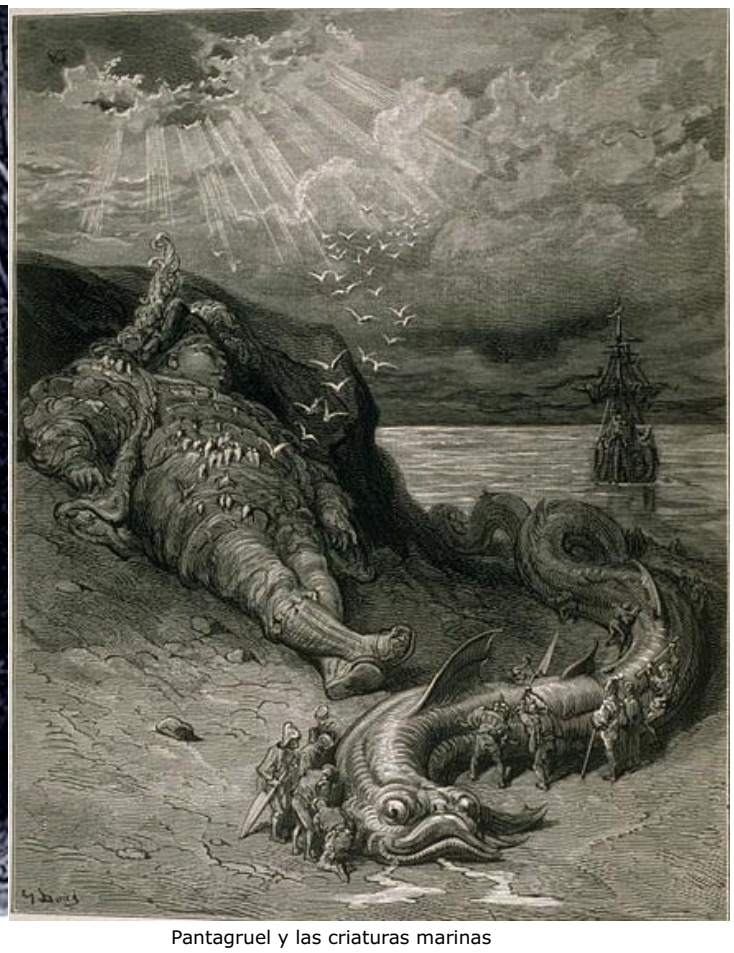
¿No nacieron Cástor y Pólux de la cáscara de un huevo puesto y empollado por Leda?

Pero mucho más admirados y sorprendidos estaríais si os expusiera ahora aquel capítulo de Plinio en que habla de partos raros y contra natura. Pero yo no soy un embustero tan ilustrado como él lo fue. Leed el libro VII de su Historia natural, capítulo III, y no me importunéis más con ello.

Gargantúa y Pantagruel

Prólogo del autor

Pantagruel, necesita la leche de 4,000 vacas para alimentarse



Pantagruel y las criaturas marinas

* FRANÇOIS RABELAIS (1494-1553)

«Muy ilustres bebedores, y vosotros, galicosos muy preciados -pues a vosotros y no a otros están dedicados mis escritos: Alcibíades, en el diálogo de Platón titulado *El banquete*, alabando a su preceptor Sócrates, indiscutible príncipe de los filósofos, dijo, entre otras cosas, que era semejante a las silenas.

Las silenas eran en tiempos pasados unas cajitas como las que ahora vemos en las boticas de los farmacéuticos, pintadas por fuera con figuras jocosas y frívolas, tales como arpías, sátiros, ánsares embridados, liebres con cuernos, ocas enalbardadas, machos cabríos voladores, ciervos adornados de flores, y otras pintaras por el estilo, expresamente desfiguradas para mover a risa a la gente, a semejanza de Sileno, maestro del buen Baco. Dentro de ellas se guardaban las drogas finas, como el bálsamo, el ámbar gris, el amomo, el almizcle, la algalla, las piedras preciosas y otras cosas de valor.

Así decía Alcibíades que era Sócrates, pues viéndole por fuera y juzgándole por su aspecto, *no habríais dado por él una piel de cebolla, a causa de la fealdad de su cuerpo y de su ridícula presencia, su nariz puntiaguda, su mirada bovina, su rostro de orate, sus costumbres sencillas, vestiduras rústicas, pobreza en bienes materiales, desgracias amorosas, su ineptitud para todos los oficios de la República, siempre riéndose, bebiendo sin tasa ni medida, haciendo burla de todo, y disimulando siempre su divino saber.*

Mas, al abrir esa caja, habríais encontrado dentro una droga celestial e inestimable: entendimiento sobrehumano, virtud maravillosa, coraje invencible, sobriedad sin par, alegría verdadera, confianza absoluta, increible despego hacia todo aquello por lo que los seres humanos tanto se desvelan, corren, trabajan, navegan y luchan.

¿A qué propósito obedece, en vuestra opinión, este preludio y ensayo? Porque vosotros, mis amados discípulos y algunos otros locos ociosos, al leer los festivos títulos de ciertos libros de nuestra invención, como *Gargantúa, Pantagruel, Fesse pinte, La dignidad de las braguetas, Las habichuelas con tocino "cum commento", etc.*, juzgáis demasiado a la ligera pensando que en ellos sólo hay mofas, embustes chistosos y tonterías, en vista de que la muestra exterior, es decir, el título, te toma comúnmente a burla e irrisión sin intentar averiguar mas.

Mas no conviene juzgar con tal ligereza las obras de los humanos. Porque vosotros mismos decís que el hábito no hace el monje, y hay quien, vistiendo el hábito monacal, lo es todo menos fraile, y quien, envuelto en la capa española, no demuestra en modo alguno el valor propio de los hijos de España.

Por eso hay que abrir el libro y pesar cuidadosamente lo que del mismo se deduce. Entonces sabréis que La droga que guarda en su interior tiene un valor muy distinto del que prometía la caja; es decir, que las materias de que aquí se trata no son tan jocosas como sugería el título. Y en el supuesto de que, en su sentido literal, hallarais materias festivas a tono con el título, no debéis, sin embargo, deteneros en ello, como quien está oyendo el canto de las sirenas, sino que hay que interpretar en el más alto sentido lo que está dicho de modo aparentemente casual y regocijante.

¿Descorchasteis alguna vez una botella? ¡Demontre! Pensad en vuestra capacidad de abstinencia. ¿Reparasteis alguna vez en un perro que encuentra un hueso con tuétano? Como dice Platón (Libro II De la República), *el perro es el animal más filósofo del mundo.* Si lo habéis visto, habréis podido observar con qué devoción lo mira, con qué cuidado lo considera, con qué fervor lo coge, con qué prudencia empieza a succionarlo Con qué afecto lo parte, con qué diligencia lo lame.

¿Quién le ha inducido a hacer eso? ¿Qué espera conseguir? ¿Qué bien pretende? Nada más que un poco de tuétano. Verdad es que ese poco es más delicioso que cualquier otro alimento, ya que es una sustancia nutritiva que Natura elabora con perfección, como dice Galeno en 105 capítulos III de su *De Facultatibus naturalibus* y *XX de su De usu partium*.

Según este ejemplo, os conviene ser mesurados para gustar, sentir y estimar estos bellos libros, graciosos por fuera, ligeros en la persecución y osados en el encuentro; luego, leyendo con curiosidad y meditando frecuentemente, quebrad el hueso y chupad la sustanciosa médula, es decir, lo que yo entiendo por esos simbolos pitagóricos, con la esperanza cierta de llegar a ser esforzados y prudentes bajo el influjo de la lectura, porque en ésta hallaréis otro sabor y una doctrina mas honda, que os revelará sublimes sacramentos y misterios horrendos, tanto en lo que atañe a nuestra religión como en lo referente al estado político y a la vida económica.

¿Creéis de verdad que Homero, al escribir *la Iliada* y *la Odisea*, pensaba en las alegorías que han calafateado de él Plutarco, Heráclides del Ponto, Eustato, Fornuto, de las cuales les despojó Policiano?. Si lo creéis no compartís en modo alguno mi opinión, que es la de que pudieron ser soñadas por Homero, del mismo modo que lo fueron los sacramentos del *Evangelio* por Ovidio en sus *Metamorfosis*, como se ha empeñado en demostrar un tal hermano Lubin, verdadero zampatortas, si por azar encuentra gentes tan locas como él y como dice el proverbio, tapadera digna de tal olla.

Si no lo creéis, ¿por qué razón no he de componer yo estas alegres y nuevas crónicas, aunque al dictaría no pensara más que en vosotros, que por ventura, bebéis tanto como yo? Pues en la composición de este señorial libro no perdí ni empleé más o menos tiempo que el establecido para tomar mi refacción corporal es decir, para comer y beber. Además es ésta la mejor hora para escribir sobre tan elevadas materias y profundas ciencias, como hicieron Homero, parangón de todos los filólogos, y Ennio, padre de los poetas latinos, según atestigua Horacio, aunque algún malandrín haya dicho que sus poemas huelen más a vino que a aceite. Otro tanto dice de mis libros un chocarrero, *¡peor para él! ¡Cuanto más apetitoso!, ¡oh, cuánto!, risueño, incitante, celestial y delicioso es el olor del vino que el del aceite!*

Me sentiré muy ufano de que se diga que he gastado en aquél más que en éste, como le ocurría a Demóstenes cuando se le reprochaba lo contrario. Para mi es honor y gloria el tener fama de buen bebedor y excelente camarada, ya que con tal título soy bien recibido en todas las reuniones de pantagruelistas.

Un melancólico reprochó a Demóstenes que sus Oraciones olieran como el mandil de un sucio fabricante de aceite. Por lo tanto, interpretad con benevolencia todos mis dichos y hechos, reverenciad el cerebro caseiforme que os alimenta con estas hermosas fruslerías y, siempre que sea posible, consideradme como un hombre alegre.

Así es que regocijaos, amigos todos, y leed alegremente lo que ahora sigue, dando recreo al cuerpo en provecho de los riñones. Mas escuchad, grandísimos asnos -¡así tengáis moquillo!-, no olvidéis beber a mi salud por igual, yo os imitaré sin tardanza».

François Rabelais

Nota biográfica de François Rabelais.

Escritor, médico y sacerdote, este genio de las letras, nacido y muerto en Francia, es quizás el más irreverente, escatológico, revulsivo y satírico de las letras de ese país, comparable a nuestro Cervantes o al inglés Lawrence Sterne. El protestante Calvino no vaciló de tildarlo de *"ateo y hereje"*, y tal vez hubiera deseado llevarlo a la hoguera como hizo con Servet cuando se atrevió a decir que la sangre circulaba por las venas.

Rabelais inventó palabras, giros idiomáticos, y expresiones, por lo que su traducción es francamente difícil, por ejemplo la palabra pantagruelisme de la cual deriva pantagruélico como sinónimo de una comida abundante, exageradamente copiosa; a la vez podría ser algo grandilocuente, exuberante, desmedido, y todo eso se lo podríamos adjudicar a la personalidad del maestro Rabelais.

Para presentarlo tal vez sea mejor hacerlo con sus propias palabras, como bien dice en el prólogo de la primera parte de su *Gargantua et Pantagruel*. Así se dirige a nosotros en *La Vie très horrificque du Grand Gargantua, père de Pantagruel, livre plein de pantagruelisme:*

A LOS LECTORES

"Amigos lectores que leerán este libro,
despójense de toda pasión
y no se escandalicen al leerlo
no contiene mal ni corrupción;
es verdad que no encontrarán nada de perfección
salvo en materia de reír;
mi corazón no puede elegir otro sujeto
a la vista de la pena que los mina y los consume.
Vale mejor tratar de reír que derramar lágrimas,
porque la risa es lo propio y noble del alma."

François Rabelais
(circa 1534)

Curiosidades

* Al idioma español (y otras lenguas), ha pasado desde la literatura, el adjetivo *pantagruélico*, proveniente del Pantagruel de Rabelais para significar, dicho de una comida, *"En cantidad excesiva"*. La RAE pone como ejemplo en su diccionario: *Festín pantagruélico*.
* Honoré Daumier realizó una caricatura en la cual el rey aparecía retratado como Pantagruel, lo que le valió pasar seis meses en prisión.
* La cubierta del álbum del cantante de rock Frank Zappa , *The Grand Wazoo* representa la batalla entre Gargantúa y Picrocole (Libro I, cap. LII).
* Algunos escritores salvadoreños, han retomado la enumeración, la desmesura, la exageración, la exaltación de lo absurdo y lo grotesco, como una clara influencia rabeliana. Entre ellos, el poeta y cuentista salvadoreño, Alfonso Hernández, mártir de la guerra civil de los años ochenta. Ejemplo, sus cuentos: *La luna tuerta de un ojo, Viaje alrededor del sartén* y *El Boa Pimpinela*.

El banquete pantagruélico

Ediciones recientes de Gargantúa y Pantagruel

Según el ISBN, ediciones recientes en España, en español, son:

*** Gargantúa y Pantagruel**
o 2004, RBA Coleccionables, S.A. Parte de obra completa Vol.99
o 1995, RBA Coleccionables, S.A.
o 1995, Salvat Editores, S.A. (Con La Celestina, de F. de Rojas)
o 1994, Ediciones Akal, S.A.
o 1993, Editorial Origen, S.A.
o 1993, Plaza & Janés Editores, S.A.
o 1992, Productos Compactos, S.A.
o 1988, Editorial Juventud, S.A.
o 1987, Editorial Lumen, S.A.

*** Pantagruel:**
o 2004, Ediciones Akal, S.A.
o 2003, Ediciones Cátedra, S.A.

*** Gargantúa:**
o 2004, Ediciones Akal, S.A.
o 1999, Ediciones Cátedra, S.A.
o 1996, Círculo de Lectores, S.A.
o 1995, Círculo de Lectores, S.A.
o 1995, Círculo de Lectores, S.A.
o 1992, Alianza Editorial, S.A.

** La muy horrífica vida del gran Gargantúa, padre de Pantagruel* (1986), Ediciones Hiperión, S.L. Traducción, introducción y notas de Íñigo Sánchez-Paños

Gargantua et pantagruel LIBRO 1ero, CAP. XIII

Gargantúa nadando

LIBRO 1ero, CAP. XIII

De cómo Grandgousier reconoció en la invención de un limpia-culo la maravillosa inteligencia de su hijo Gargantúa.
(Nota del traductor: Limpia culo: Torche-cul, en el original)

"Grandgoussier visitó a su hijo Gargantúa y mientras lo besaba y abrazaba, le preguntó toda suerte de cuestiones pueriles. Bebió con él y preguntó si lo habían mantenido limpio y pulcro. Gargantúa afirmó que no había en todo el país un joven que fuera tan limpio como él.

-He descubierto, dijo Gargantúa, luego de largas y minuciosas investigaciones, un modo de limpiarme el culo. Es el más noble, el mejor y el más eficaz que nadie haya visto. Primero hagamos historia: una vez yo me limpié con una bufanda de terciopelo de una dama y lo que encontré es que su dulzura me procuró una gran voluptuosidad en el fondo del agujero.

Otra vez con una caperuza de la misma dama y el resultado fue idéntico. Y otra vez con un sombrero de mujer de satén de color vivo pero, una sarta de porquerías de perlitas doradas que lo adornaban, me desollaron todo ahí atrás. ¡Que el fuego de San Antonio le queme el agujero del culo al orfebre que los hizo y a la dama que los portaba!

También lo pasé mal cuando yo me limpié con un sombrero de paja emplumado a la Suiza.

Bien, una vez que yo defequé detrás de un matorral, me encontré con un gato de marzo (1), me limpié con él y sus garras me desgarraron todo el periné. Me curé a la mañana siguiente limpiándome con los guantes de mi madre bien perfumados de berga-mota (2).

Después yo me limpié con salvia, con hinojo, con anís, con mejorana, pétalos de rosa, con hojas de trébol, con trozos de ladrillo, con lechuga, con hojas de espinaca. Y, en realidad, no me sirvió de nada. Me limpié con los mercuriales y las ortigas, pero yo me cagué en sangre como un Lombardo italiano, fue entonces que me sentí lastimado, y me curé limpiándome el culo con mi bragueta.

Después me limpié con paños, colchas, cortinas, carpetas, con una almohada, un tapiz de juego, con trapos, servilletas, un pañuelo, todo eso me procuró más placer que el que tienen los sarnosos cuando se los rasca.

-¿Cuál es el mejor limpia-culo, el que más te gusta?, dijo Grandgousier.

-Ya llegaré ahí, vas a encontrar enseguida la última palabra. Yo me he limpiado con el heno, la paja, la borra, con lana, con papel, pero…

Quien el culo se limpia con papeles, de la basura dejará caireles.

Escuchad lo que dicen los cagantes (3) mientras escriben textos en los muros de nuestros baños:

"Asquerosos, el fuego de San Antonio los cocinará y quemará a todos si no se limpian sus agujeros abiertos antes de partir".

¿Y quieres un poco más?, dice Gargantúa. Aquí tienes un rondeau:

"Mientras estaba cagando el otro día, he olfateado
la imposición que mi culo reclamaba,
otro bouquet atento yo esperaba,
que fuera más hermoso y empestado.
¡Oh!, ¡si me habrá divertido
esa chica que yo atendía mientras defecaba!
Durante ese tiempo, sus dedos, mi culo de mierda
han protegido".

Decid ahora, por la mierda *(Nota del traductor: en el original "par la mer Dé", juego de palabras entre "par la merde" y "par la mòre de Dieu")*, que no conozco de nada. No soy yo quien ha compuesto estos versos, pero los escuché recitar a mi abuela, y los he retenido en la bolsa de mi memoria.

-Hijo, tu estás lleno de buen sentido, pequeño buen hombre, uno de estos días te haré nombrar doctor en la Sorbona, pues eres bastante avanzado para tu edad. Proseguid con tu propósito limpiaculístico (4).

-Bueno-dice Gargantúa- ¿me pagarás una barrica de vino bretón si yo te cuento cuál es la mejor manera de limpiarse el culo? Antes que nada: no hay necesidad de limpiarse el culo si uno no tiene suciedad, y no puede haber suciedad si uno no ha cagado antes, entonces nos hace falta cagar, antes de limpiarnos el culo.

-Después -retoma Gargantúa-, me limpié con un sombrero, un tapa orejas, una pantufla, una bolsa, una panera (pero, ¡qué desagradable limpia-culo!). Entre los sombreros me limpié con algunos de fieltro, de terciopelo, de tafetán, pero los mejores sin duda alguna son los que están hechos de pelo, absorben excelentemente la materia fecal.

Después me limpié con una gallina, un gallo, un pollito, la piel de un ternero, una liebre, un pichón, un cormorán, con el saco de un abogado, con una cogulla, con una cofia.

Para concluir, yo digo y sostengo que el mejor limpia-culo, es un ganso plumoso, metiendo su cabeza entre tus piernas. Créeme, sobre mi honor, que sentirás una voluptuosidad mirífica, debido a la temperatura y la dulzura de ese plumaje que causa el calor del pajarraco, que se comunica fácilmente de la tripa al culo y de otros intestinos, hasta la región del corazón y aquellas del cerebro.

Y no creas que la beatitud de los héroes y semidioses que están en los Campos Elíseos es porque tienen su asfódelo (5), su ambrosía o su néctar, como dicen las viejas de por aquí. ¡Ellos tienen a mi opinión que se limpian el culo con un ganso bien plumoso!".

NOTAS:
1. Según la leyenda los gatos nacidos en marzo pasan por ser muy batalladores.
2. En el original en francés antiguo dice parfumez de maujoin, que designa el sexo de una mujer.
3. Fienteurs, en el original.
4. La palabra que usa en el original es torcheculatif.
5. Un tipo de planta.

Adaptado y traducido por Adrián Sapetti, tomado de "RABELAIS: ŒUVRES COMPLNTES", ÉDITIONS DU SEUIL, par GUY DEMERSON, París, 1973.

El animal marino contra Pantagruel

Sobre Gargantúa y Pantagruel:comentario.

En el otoño de 1532 se imprime en la ciudad de Lyon, bajo el seudónimo de *Maistre Alcofibras Nasier*, el *Pantagruel*. El éxito obtenido impulsa a Rabelais a publicar su almanaque titulado *Pantagrueline Prognostication* (principios de 1533). De 1534 data el *Gargantúa*. En 1552 se imprime el *Quart Livre.*

Genio multiforme, dos características que lo definen son: **la pasión del humanismo** (conocimiento profundo de autores griegos y latinos, una extraordinaria curiosidad de ámbito universal) y **el amor de la Naturaleza** (que incluye en su contexto la rehabilitación del cuerpo, de la vida física, y la intuición de que la naturaleza humana es intrínsecamente buena).
En su obra prevalece la Naturaleza, engendradora de la Belleza y la Armonía. Al igual que la alegoría y el simbolismo también están presentes (personajes simbólicos: *Grandgousier, Gargantúa, Pantagruel, Panurgo*) -esta circunstancia lo convierte en un precursor del genio de Voltaire-.

Su **sentido agudo y amplio de la comicidad**, que recorre todas las escalas del género, desde la farsa de corte medieval hasta la parodia la comedia de caracteres o *"figuras"*, es importante. Sorprende también una inusitada riqueza de léxico, una lengua fecunda que se inspira en las jergas más especializadas, en los dialectos regionales, y que no duda en enriquecerse con términos de propia y genuina creación, o bien recurre a deformaciones de vocablos ya existentes.

Le son familiares los procedimientos estilísticos de la enumeración(próxima a la enumeración caótica contemporánea) y de la acumulación, y su estilo se amolda a las más variadas fórmulas, ya se inspiren en el rico fondo tradicional, ya se fragüen a impulsos de la inspiración más personal y espontánea que se entronca con lo más popular, con el contacto directo con el habla del bajo pueblo.

El Libro primero del Gargantúa y Pantagruel fue impreso en Lyon, en 1532 cuando el autor tenía treinta y ocho años. Rabelais refiere las hazañas de Pantagruel, gigante al igual que su progenitor Gargantúa y dotado lo mismo que éste de una fuerza y un apetito formidables.Obra bufonesca, se inscriben en ella múltiples pormenores de la vida real de la época y mil efectos cómicos, muchos de ellos procedentes de su experiencia de la vida estudiantil.

Fue el éxito de una obra anónima, destinada al público popular y titulada *Grandes et enestimables cronicques du grant et enorme geant Gargantua*, la que proporcionó a Rabelais la idea de componer un texto original.

Para escribir sus primeros textos, Rabelais se inspira directamente en el folclore y la tradición oral popular. En 1532 habían aparecido en Lyon *Les Grandes et inévitables chroniques de l énorme géant Gargantua*, una colección anónima de cuentos populares a la vez épicos y cómicos. Esta colección conoció un enorme éxito.
Rabelais se propuso escribir un texto que retomase la trama narrativa de las Crónicas. Volvió a contar la historia de Pantagruel, hijo del Gargantúa de las crónicas. *El Pantagruel* está, pues, muy marcado por las fuentes populares.

Ante el éxito extraordinario de su *Pantagruel*, Rabelais quiso reescribir a su manera la historia de Gargantúa descartando las fuentes populares tradicionales iniciales y reeditó un *Gargantúa* literariamente más acabado y netamente más henchido de humanismo que la primera obra.
Rabelais cuenta los hechos y gestas de dos gigantes, *Pantagruel y Gargantúa*, desde su nacimento hasta su madurez.

No se trata de crueles ogros, sino de gigantes bondadosos y glotones.El gigantismo de sus personajes permite a Rabelais describir escenas de festines burlescos. La infinita glotonería de los gigantes abre puerta a numerosos episodios cómicos. Así, por ejemplo, el primer grito de Gargantúa al nacer es: *"¡A beber, a beber!"*.
El recurso a los gigantes permite también trastocar la percepción normal de la realidad; bajo esta óptica, la obra de Rabelais se inscribe en el estilo grotesco, que pertenece a la cultura popular y carnavalesca.

Rabelais es sin duda un cómico de primer nivel, que influyó en muchos escritores antiguos y contemporáneos.

El cuento de la semana

«La gallina degollada»

Horacio Quiroga (Uruguay l878-1937)

Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos y volvían la cabeza con la boca abierta. El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.

Otra veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años, y el menor ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo: ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba Èsta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí...! ¡sí! —asentía Mazzini—. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que...?

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondÌa en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: tus hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos— que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.
—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente:

—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

—¡Ah, no! —se sonrió Berta, muy pálida— ¡pero yo tampoco, supongo...! ¡No faltaba más...! —murmuró.

—¿Qué, no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos! —articuló, secándose por fin las manos.

—Como quieras; pero si quieres decir...

—¡Berta!

—¡Como quieras!

Este fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebato y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición, es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces...?

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago

a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa:

—¡No, no te creo tanto!

—Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

—¡Qué! ¿Qué dijiste...?

—¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

—¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar frescura a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron, pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternales, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio , y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltáme! ¡Déjame! —gritó sacudiendo la pierna. Pero fue atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma... —No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama—le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Bertita a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

—¡Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita! —alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! —corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

El poema de la semana

Sentado sobre los Muertos

Miguel Hernández
(Español 1910-1942)

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo sostiene.

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin qué comer,
y el día de hoy amanece
justamente aborrascado
y sangriento justamente.
En su mano los fusiles
leones quieren volverse:
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.

Aunque le faltan las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva, y te queden
corazón, entrañas, tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.

Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus héroes:
tus ansias como las mías,
tus desventuras que tienen
del mismo metal el llanto,
las penas del mismo temple,
y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.

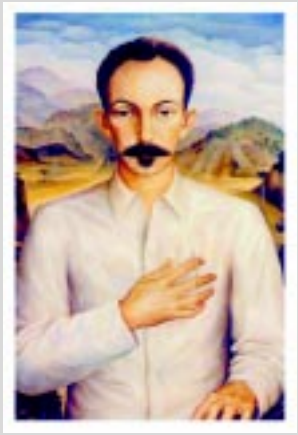
Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago es la muerte.

De: *Viento del Pueblo* (1937)

Miguel Hernández Gilabert (Orihuela, 30 de octubre de 1910 – Alicante, España, 28 de marzo de 1942) fue un poeta y dramaturgo de especial relevancia en la literatura española del siglo XX.

Aunque tradicionalmente se le ha encuadrado en la generación del 36, Miguel Hernández mantuvo una mayor proximidad con la generación anterior hasta el punto de ser considerado por Dámaso Alonso como *«genial epígono de la generación del 27»*.

Martiana



Versos Sencillos (1891)

VIII. YO TENGO UN AMIGO MUERTO...

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:
Mi amigo se sienta, y canta;
Canta en voz que ha de doler.

"En un ave de dos alas
"Bogo por el cielo azul:
"Un ala del ave es negra,
"Otra de oro Caribú.

"El corazón es un loco
"Que no sabe de un color:
"O es su amor de dos colores,
"O dice que no es amor.

"Hay una loca más fiera
"Que el corazón infeliz:
"La que le chupó la sangre
"Y se echó luego a reír.

"Corazón que lleva rota
"El ancla fiel del hogar,
"Va como barca perdida,
"Que no sabe a dónde va."

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto al muerto a dormir.

IX. QUIERO A LA SOMBRA DE UN ALA...
(La niña de Guatemala)

Quiero, a la sombra de una ala,
Contar este cuento en flor,
La niña de Guatemala
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.

Ella dio al desmemoriado,
Una almohadilla de olor,
El volvió, volvió casado,
Ella se murió de amor.

Iban llevándola en andas,
Obispos y embajadores,
Atrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

Ella por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador,
El volvió con su mujer,
Ella se murió de amor.

Como de hierro candente,
Al beso de despedida,
Era su frente la frente,
Que más he amado en la vida.

Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor,
Dicen que murió de frío,
Yo sé que murió de amor.

Allí en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos,
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

De tarde al oscurecer,
Me llamó el enterrador,
Nunca más he vuelto a ver,
A la que murió de amor.